

INSTITUTO DEL MUSEO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

NOTAS DEL MUSEO DE LA PLATA

TOMO VII

Zoologia, N° 61

LAS

AVES DE UN GARZAL TEMPORARIO

POR

EMILIANO J. MAC DONAGH



LA PLATA

REPÚBLICA ARGENTINA

—
1942

Imprenta y Casa editora Cosi, Perú 684, Buenos Aires

LAS AVES DE UN GARZAL TEMPORARIO

POR EMILIANO J. MAC DONAGH

En noviembre de 1940 visité una estanzuela en el partido de Navarro, a unos noventa kilómetros al sudoeste de la ciudad de Buenos Aires, invitado por el señor don Luis Ferrando, de La Plata, quien deseaba hacerme conocer un « garzal » o « pueblo » de garzas, instalado en un sauzal; el campo donde estaba es vecino a uno de su hermano don Miguel, y a ambos agradezco las atenciones recibidas y la hospitalidad. Lo habían descubierto el año anterior y por pedido de ellos omitía toda referencia a su ubicación, temerosos de que lo asolasen los cazadores, pero, infortunadamente, ahora ha desaparecido, como luego explicaré.

El campo en aquella zona es muy llano, horizontal, anegadizo en partes, y dedicado principalmente a la explotación de la hacienda lechera. El garzal queda bastante alejado del camino real, en el lugar por donde pasa una cañada larga, ahogada de vegetación acuática. Lo llano del terreno determina que con unos pocos días lluviosos en esa zona aquello se convierta en un arroyo de dos centenares de metros de ancho. Hace unos años allí fué abierto un canal de desagüe, de corto recorrido, pero la vez de mi primera visita estaba obstruido por las plantas acuáticas hasta tal punto que no se observaba su trazado; sin embargo, al vadearlo, se lo reconocía por su mayor profundidad.

En la parte más baja, a un lado del canal, existe una plantación o monte de sauce babilónico, o « llorón ». Tiene un trazado rectangular, de unos 100 m en la dirección NE-SW y de unos 80

de ancho. Los árboles son altos, de hasta 15 m, con el ramaje entero. (La altura fué medida con bastante aproximación gracias al telémetro de la cámara fotográfica). Del lado del poniente hay un cuadrilátero, de extensión menor, de sauces podados y cortados a una altura de 2 m del suelo ; entonces estaban retoñando. (Véanse figs. 1 y 2).

Como se puede observar por la figura 1, la altura del bloque de árboles era bastante pareja. El suelo estaba completamente inundado, con un nivel de medio a un metro según lo desaparejo del



Fig. 1. — El sauzal en noviembre de 1940, cuando era por segunda vez la sede del garzal. La línea oscura por delante corresponde al paso del canal a que se refiere el texto.

terreno. Los árboles están separados con regularidad, como a unos cuatro metros, quedando algunos espacios libres, por falta del sauce correspondiente. El follaje estaba tupido, como puede apreciarse en la figura 2, donde se ve bajo la sombra el terreno inundado.

En lo alto de estos árboles estaban los nidos de las garzas, que eran principalmente de la garza blanca grande, *Casmerodius albus egretta* (Gmelin). Estos nidos en general estaban instalados en las segundas horquetas de los sauces y a veces en las terceras, no en la primera división del tronco, pero tampoco expuestos en las copas. En general su altura estaba de tres a ocho metros sobre el suelo, midiendo, como dije, con el telémetro. Los nidos eran del tipo

bien conocido para los « pueblos » de garzas, es decir, nidos individuales, generalmente uno por árbol, pero a veces dos y tres, aunque en este caso a diversas alturas, según la de las horquetas, como en estratos. De cualquier manera, los nidos no estaban en contacto, ni podían molestarse entre sí sus habitantes.

Los nidos estaban contruídos con ramitas, como se dice comúnmente « con palitos », de los mismos sauces, formando un nido



Fig. 2. — Vista del sauzal desde cerca y afuera, mostrando lo tupido del follaje, el terreno inundado bajo los árboles, y en primer término, un nido de hornero sobre un tronco cortado, y más atrás, otro, comenzado.

tosco, con las ramitas cruzadas descuidadamente, en pocas camadas, y casi sin agregado de hojas u otros materiales más blandos. Por eso, en la generalidad de los nidos, mirándolos desde abajo, se podía ver la luz entre las rendijas, y para mostrarlo tomé la fotografía de la figura 3, donde se ve filtrarse la luz cenital. Algunos nidos ya estaban abandonados. Ninguno tenía huevos; repito que fué en la segunda mitad de noviembre cuando se realizó el viaje.

La mayoría de los nidos tenían los polluelos y a éstos se los veía fácilmente (fig. 4) pues eran muy jóvenes y se movían torpemente,

apiñándose en el nido, a veces al borde, como a punto de caerse ; estaban cubiertos de plumón blanquísimo. Por la lástima que inspiraban no sacamos ninguno ; la fotografía de la figura 4 fué tomada desde un pescante, mientras el señor Ferrando tirando de la punta de una de aquellas flexibles ramas, la hacía bajar hasta un nivel apropiado para la toma. Los pichones se prendían fuertemen-

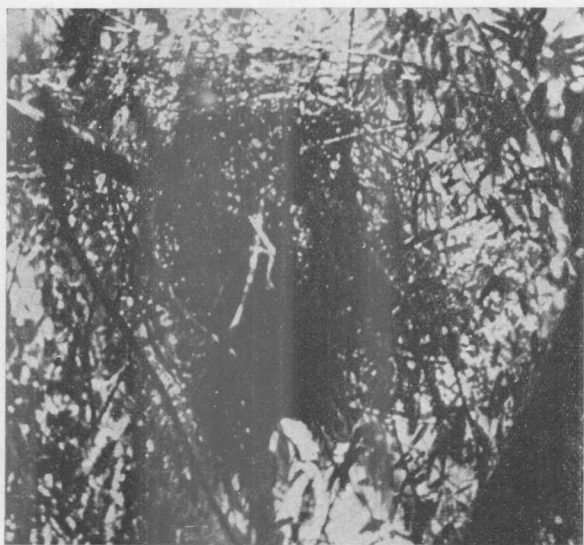


Fig. 3. — Un nido de garza blanca grande, visto desde abajo, contra la luz cenital, para mostrar su estructura floja, y que deja pasar la luz entre las ramitas que lo forman.

te con los dedos crispados a las ramitas del nido, y aguantaban sin caer.

El *comportamiento en masa* (« mass behaviour ») de las garzas adultas de esta especie era aparentemente uniforme, es decir, no presencié comportamiento individual diferente del de los demás. Por lo pronto, al penetrar nosotros bajo el sauzal todos los adultos se refugiaban en la parte alta del ramaje, un estrato donde serían visibles entre sí o desde arriba, pero en el cual no se las podía percibir enteras desde abajo. Solamente luego de un cuida-

doso examen por entre los intersticios del ramaje se descubría el cuerpo de alguna. En cambio, en los claros de las copas, que eran pocos, o por alguna abertura como una ventana al cielo, ellas atisbaban nuestros movimientos, estirando al máximo sus largos cuellos, pero quedando oculta la mayor parte del cuerpo (fig. 5). Esto lo verifiqué reiteradamente. En ningún momento los adultos pre-



Fig. 4. — Un nido de garza blanca grande con los polluelos cubiertos de plumón y apeñuscados a un lado, por el temor a los intrusos. El nido ha sido bajado al nivel de la cámara, tirando de la rama flexible donde está en una horqueta.

tendieron defender los nidos, ni siquiera bajar hasta ellos o los pichones. Al aproximarnos a las diversas partes del sauzal, de cada conjunto de las copas de árboles correspondientes a los grupos de nidos, tomaban vuelo las garzas, lo cual se conocía por el ruido y los gritos, luego ese mismo conjunto de garzas que estaba en vuelo pasaba en círculos por frente a cada « ventana » del sauzal, a veces rasando, y con el cuello muy estirado y los ojos vueltos muy inquisitivamente hacia lo bajo. Se asentaban pronto en cuanto nos retirábamos de ese lugar. Una parte de ese conjunto de

garzas adultas abandonó el sauzal, dirigiéndose a los bañados al nordeste, y no volvió ; la suposición natural (desde luego, que no verificable) era que se trataba de aquellos individuos o casales que ya no tenían pichones. Los gritos de estas aves eran continuos, tanto asentadas como en vuelo, pero especialmente en la primera huida ; son gritos entre nasales y roncós, un *cuaac* repetido, y

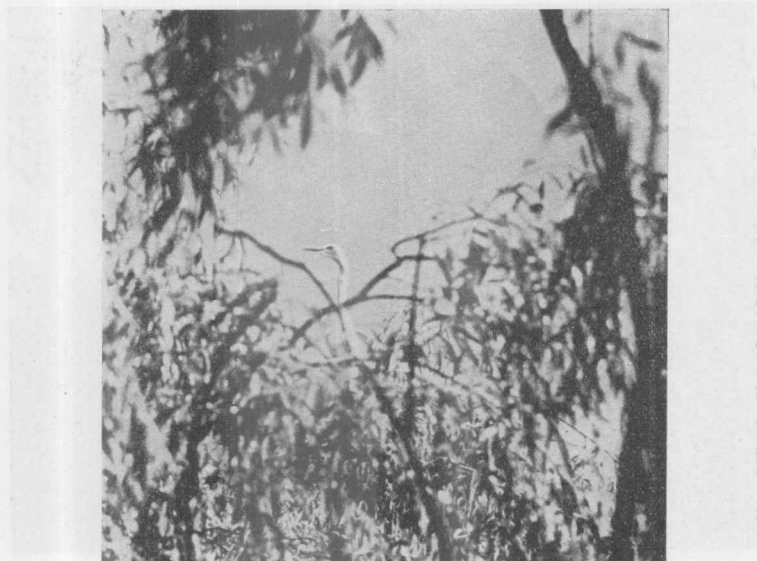


Fig. 5. — Típica actitud de vigilancia de su nido por parte de una garza asentada en lo alto de un árbol, en parte oculta y que estira el cuello para observar por un espacio libre de follaje.

muy fuerte, al punto que a veces no nos oíamos con mi acompañante. El vocerío sólo cedía un tanto al quedarnos largo rato quietos.

Con objeto de observar desde afuera el movimiento de la masa, salí del monte y me situé a distancia, del otro lado de la cañada, y el señor Ferrando quedó bajo los árboles, efectuando disparos con un rifle de poco estampido, según las indicaciones que le hacía oír. Puede verse en la figura 6 un momento del vuelo de las aves al

asustarse y levantar vuelo. Las garzas arrancan con un vuelo batido, rápido, hasta dar una recorrida en semicírculo en torno y por arriba del sauzal, pero luego lo más del resto es vuelo planeado, batiendo a ratos. Generalmente daban tres vueltas en torno a la arboleda y se asentaban. Después de varios disparos (siempre al agua, para no dañar) parecieron acostumbrarse y solamente se alzaban las que estaban más cerca. Es evidente, pues, que procu-



Fig. 6. — Las garzas asustadas por un estampido toman vuelo desde las copas de los sauces. Entre ellas hay dos cuacos o zorros de agua. En el negativo se cuentan claramente doce garzas blancas.

raban no abandonar los pichones, aunque no asumieron directamente la defensa de ellos aún cuando removiésemos algo los nidos.

Éstos y otros datos nos llevaron a calcular que el total de garzas blancas grandes en estado adulto o de cría era de unas trescientas. Ahora bien, este garzal apareció por primera vez allí el año anterior (1939), pero según decían, francamente más numeroso; tendría por lo menos quinientas garzas. Este número varía según las horas del día, pues las garzas « van a pescar », como dicen en el campo, para comer y traer comida a las crías.

Mezclados con los nidos de garzas, pero predominando en un

grupo de árboles, había unos nidos de « cuaco », *Nyctycorax nycticorax tayazu-guira* (Vieillot), cuya voz le ha merecido el nombre, como también el de « zorro del agua », y, sus actitudes, los de « dormilón » y « bruja ». Por lo que pudo apreciarse, eran a lo sumo unos diez nidos. Eran del mismo tipo que los de garza, pero mejor contruídos, con ramitas más fuertes y abundantes, y poseían un arreglo de nido interno o verdadero, con pasto, hojas, plumas, etc. Los cuacos parecían haber preferido horquetas algo más aisladas, de manera que estaban algo separados sus nidos, y más altos. No tenían huevos ya. Pichones pequeños, cubiertos de plumón, se podían descubrir en algunos, pero como los nidos estaban tan altos no se los pudo observar mayormente.

Un nido de éstos, alto, saliente, por causa de la inclinación de la rama, tenía cuatro o cinco pichones, aparentemente con diferencias de edad, desde pichones bien jóvenes, incapaces de abandonar el nido, hasta algunos ya emplumados, y que acompañaban con sus chillidos los gritos de los adultos. Estos pichones emplumados, por lo menos dos, se movieron hasta fuera del nido, aferrándose a las ramas, y uno dando una voltereta, quedó colgado, y se movía a lo largo de la rama, aleteando, y resistiendo con dedos, uñas y pico a los sacudones que dimos al árbol ; pero por fin cayó. Ya tengo dicho que todo el terreno estaba inundado ; nadó a fuerza de patas y de aletazos, alejándose con una rapidez que nadie hubiera pensado en un ave tan primeriza ; pero luego se la atrapó, no sin recibir unos arañazos y picotazos de su parte, pues se defendió desesperadamente, a la vez que gritaba con su « cuaac », reseco y desde el fondo de la garganta, abriendo las fauces. Se lo trajo embolsado hasta La Plata. Una vez suelto en un jardín, repitió con toda violencia sus demostraciones de furia, y luego se refugió en un rincón ; de allí salió a poco y se fué hasta el pie de una « estrella federal » (*Euphorbia pulcherrima*), por cuyo tallo trepó agarrándose con sus largos y flexibles dedos, hasta llegar a una rama cómoda, en la cual se instaló ; quedaba algo a cubierto por las hojas de la planta, y, cosa característica, se ubicó de manera que otras ramas quedaran delante, como una protección, mientras la cabeza, siempre vigilante, quedaba en un espacio más libre para la visión. Cambió dos o tres

veces de lugar, y siempre buscaba una disposición como la dicha, cosa posible en una planta muy ramificada como la que había elegido. Como quiera que le tomé una serie de fotografías, por ellas se puede comprobar que no es ésta una impresión subjetiva; en ninguna de las fotografías se logró una vista completa del ave, que siempre aparece cubierta en parte por algunas ramas, no importa de cuál ángulo se la tomase. Opino que se trata de un comportamiento característico del grupo, manifestado muy tempranamente. La actitud ilustrada en la lámina I fué la adoptada por el cuaco durante la mayor parte del día, como encogido, pero alerta y que no permitía el menor arrimo sin tirar picotazos al aire, batiendo el pico, abriéndolo hasta exhibir lo enorme de su boca y la garganta desproporcionada, mientras gritaba con esa voz que le ha valido el nombre más viejo a su raza, pues, como se sabe, su graznido es como el gruñido del pecarí. Ahora bien, esa actitud, de una inmovilidad prolongada, es típica de los adultos, sobre todo durante el día, y que les ha valido el otro nombre entre los varios dados por el vulgo, a saber, el de dormilones. En ciertos momentos, el pichón adoptaba otra actitud, erguido, con el cuello todo estirado (fig. 7). Obsérvese cómo el pico está dirigido más arriba y las plumas de la línea media de la cabeza, bajando atrás por el cuello, erizadas; también, cómo las alas están algo despegadas del cuerpo, formando jiba en los hombros; todo ello por la tensión en que está el animal; era notable la crispadura de los dedos en torno de la ramita, la cual abrazaban enteramente, sobrepasándose de modo que la uña daba una vuelta completa; las patas estaban rígidas. Esta posición no la he observado en el zorro de agua adulto, ni sé que por sus hábitos le corresponda, puesto que los colores del cuerpo del adulto no son miméticos, pero sí lo son los de los juveniles, con su plumaje jaspeado, con matices pajizos y habanos, y entonces la actitud erecta, de ocultamiento (criptico, dicen los autores) resulta eficaz. Esto corresponde, pues, al tipo de la Garcita mirasol amarilla, *Ixobrychus involucris* (Vieillot), como puede apreciarse leyendo la prolija descripción dada por Hudson (Véase, por ejemplo, *Birds of La Plata*, tomo II, pág. 105 y siguientes); conviene relacionar, para una interpretación que busca el acierto,



Fig. 7. — El pichón de cuaco o zorro de agua en estación erecta, con el cuello estirado, permaneciendo inmóvil en actitud semejante a las garzas mirasol

esta actitud, con el escaso poder de vuelo : el pichón de cuaco coincide con el adulto de la mirasol, y recuérdese (ver, por ejemplo, Hudson, pág. 101 y su transcripción de Ernest Gibson) que en la región pampeana desprovista de árboles, la nidificación de estas aves es necesariamente en los bañados con juncas, espadañas y totorales ; por otra parte, aunque los nidos estuviesen arriba, luego la comida habitual, pasada la habitación en el nido, ha de ser entre tales plantas de forma linear, que es el ambiente donde aquella actitud y el jaspeado del plumaje resultan crípticos. Desde luego que el cuerpo del cuaco no posee la forma linear tan perfeccionada como en la mirasol. Figuras de actitudes semejantes para el género *Ixobrychus* y el *Botaurus* en especies norteamericanas pueden verse en las láminas de la obra de Bent. Otro aspecto del comportamiento de este ejemplar joven y que corresponde a su género (« Garzas de noche ») es el que esa noche, después de haber pasado el día prendido a las ramas, bajó inadvertido y se introdujo en las habitaciones que, por el calor de la estación, habían quedado abiertas ; atravesó el jardín, recorrió una galería, pasó un vestíbulo y quedó en el comedor ; esto debió ser después de medianoche ; a la mañana siguiente apareció asentado sobre el travesaño de un mueble, a unos dedos del suelo, fuertemente prendido con sus garras, y dió gran trabajo sacarlo. En dos días no se logró que comiera carne picada y otros alimentos, ni aún llevándoselos al pico. Este ejemplar está ahora preparado en el Museo, donde se exhibe ; la cola no está desarrollada ; el pico se toca por ambas puntas pero el trayecto intermedio deja ver luz entre las quijadas, cosa que en algo ya se notaba en vivo, como lo prueban algunas de las fotografías tomadas ; medido ya montado, desde el extremo del pico hasta el mechón de plumas de la cola, aplicando la cinta, mide 368 mm (sin estirar el cuello) ; el culmen expuesto, 56 mm ; el tarso, 78. Este ejemplar ha sido comparado con una serie que poseemos en el Museo hasta los adultos, siendo el más joven logrado hasta ahora.

Finalmente, los adultos de los cuacos, que estaban en los nidos, se comportaron en manera semejante a las garzas ya citadas, abandonando las crías y refugiándose ocultos en lo alto del follaje de

los sauces, aunque más cerca del nido y con aire más agresivo ; asustadas, tomaban vuelo junto con las garzas, pero con vuelo más pesado y lento ; en la figura 6 se ven dos individuos, fáciles de reconocer entre las garzas blancas. Algunos pude observarlos con los prismáticos y quedé perplejo al comprobar que ninguno de ellos era plenamente adulto, cuando ya están bien diferenciados los colores, en gris, blanco, etc. ; sin embargo, pretendían guardar los nidos. El dueño de la estancia nos aseguró que los adultos, a los cuales llamaba « garzas azules » a esas horas estaban « pescando » en las cañadas, y que les traían ranitas y otros animales como comida a sus crías ; sea ello como fuere, al ir y venir por el camino general situado a varios kilómetros hacia el norte, en los bañados y en las zanjas poco profundas a cada lado, había un regular número de cuacos adultos definitivos en su característica parada a la espera de presa. Comparando con los datos de Gross y de Bent tendríamos que los cuacos hallados en el garzal guardando los nidos (se supone que los propios) serían los de algo más de un año, con un primer plumaje nupcial y de cría, pasando luego progresivamente a post-nupcial ; recuérdese que los autores insisten en que no hay uniformidad en las formas de pasaje de manera que a una misma fecha pueden corresponder diferentes estados en el plumaje de los ejemplares. También cabe señalar que durante la incubación los sexos se alternan en el nido, y puede que ello se mantenga en la guardia y en llevar la comida ; nos falta, pues, la verificación de la correspondencia de edades en la formación de los casales, antes de poder aseverar que los adultos completos ya no tenían cría que cuidar a la sazón de nuestra visita.

Otro dato de interés por la similitud es que, tal como lo vi en estos nidos, dice Gross y transcribe Bent, la incubación comienza en seguida de puesto el primer huevo, aunque la puesta siga por una semana aún : esto explica las diferencias de edad en las camadas de pichones en un mismo nido.

Este segundo autor mencionado hace referencia a las artes de trepador de los pichones, y una de sus láminas muestra las acrobacias de uno, muy al estilo de las que yo presencié en Navarro.

Según se sabe, la generalidad de los garzales son mixtos, y así

los estudió Hudson y en nuestro país los han publicado casi anecdóticamente, Daguerre, Pereyra y otros; lo mismo digamos fuera de nuestro país. En éste de Navarro faltaba la garcita blanca, la cual suele ser compañera de la grande.

Parecía haber algún nido de las palomas o torcaces. Hacia un lado del sauzal había un nido de chimango, tan alto que desde el pescante no se podía observar sino su estructura con los pelos e hilachas habituales en esta especie, y su espesor no permitía ver movimientos; el chimango (*Milvago chimango chimango* (Vieillot) anduvo rondando un buen rato sobre el sauzal, y asentaba sobre las flexibles ramas altas, por lo cual lo vi bien cuando estuve en observación desde el campo; en algunas fotografías de la serie de la figura 6, aparece al mismo tiempo que las garzas.

Como puede verse por la figura 2, un hornero, *Furnarius rufus rufus* Gmelin, nidificó sobre uno de los troncos de sauce cortado pero vivo que corresponde afuera del sauzal, es decir, no ya bajo el garzal; es conocido que el hornero no gusta edificar bajo sombra espesa, probablemente buscando que el sol seque bien su horno. Otro «horno» estaba sin terminar. En el bañado que rodeaba el sauzal andaban escabulléndose unos patos con crías, que entraban hasta la primera hilera de árboles; no los pude ver bien, pero me parecieron algunas de las cercetas o sarcelas.

Como digo, estas observaciones fueron hechas en noviembre de 1940. Ya por entonces comenzaba a notarse en la zona cierta sequía, acusada, por ejemplo, en la evidente reducción de ciertas lagunas. El año siguió poco llovedor, y, cuando en enero de 1942, volví a visitar el garzal, el terreno estaba completamente seco, y el antiguo bañado era lo que los paisanos llaman un «carcahuesal», es decir, que el suelo es muy desparejo, pues quedan modeladas las pisadas de los caballos en el barro que muy luego se seca¹. Apenas si quedaba un paso barroso correspondiente al antiguo canal. En las horquetas se veían los nidos abandonados, reducidos a pocas ramitas; supe que en la temporada anterior no hubo nidificación, y se lo atribuía a que por la sequía las garzas no encontraban

¹ Véase «carcavuezo», de la Academia.

comida ni para ellas, lo cual era la muerte para los polluelos. En diciembre de 1942 tuve, por atención de los señores Ferrando, una nueva confirmación de que en esta nueva estación, manteniéndose aún más severa la sequía, no hubo nidificación de la colonia en el sauzal ni en ningún punto de la vecindad. Es por ello que llamo a éste un garzal temporario.

Un caso parecido, respecto de nuestro flamenco, me fué referido, dándome las fotografías, para el oeste de la provincia de Bue-



Fig. 8. — Nido de garza blanca grande en medio de un espadañal, en Altamirano, como ejemplo de nidificación solitaria

nos Aires, que en unas lagunas aparecieron un año grandes colonias, que criaron y se fueron; no se reprodujo el caso, ni se conocía anteriormente. Se lo atribuyó a la gran sequía más al oeste y al sur, y al buen estado de las lagunas allí.

Agregaré que en Altamirano, al sur-sudoeste de La Plata, a 11 de noviembre de 1940, en un pequeño bañado que tenía la particularidad de estar lleno con la espadaña verdadera o de techar, *Zizaniopsis bonariensis* (Balansa) Speg. que me fuera determinada por el ingeniero Parodi, había en el centro un gran nido de chajá con rampa de subida, en medio de un espacio libre, pues la pareja

de chajás había cortado las plantas alrededor, y, al lado, apenas separado por un espacio de un metro de la vegetación, otro espacio de vegetación abatida de unos dos metros de diámetro, lleno con un único nido en plataforma, formado con las espadañas amontonadas y hasta algo apelmazadas, con dos huevos (fig. 8) : era de una garza blanca grande, la cual estuvo allí hasta que llegué muy cerca, y luego voló a corta distancia. Es decir, que se trata de la nidificación del tipo de laguna pampeana (Hudson, Gibson) pero con la particularidad de ser solitaria. En la vecindad inmediata no había otras lagunas o bañados como para que se mantuviese una nidificación del tipo « pueblos ». Tenemos, pues, en la misma época y a no gran distancia entre dos lugares que están prácticamente a la misma latitud los dos tipos opuestos de nidificación.

BIBLIOGRAFÍA

- BENT, A. C. 1926. *Life Histories of North American Marsh Birds. Orders Odontoglossae, Herodiones and Paludicolae*, en *United States National Museum, Bulletin* 135. Washington.
- GROSS, A. O. 1923. *The Black-crowned Night Heron (Nycticorax nycticorax naevius) of Sandy Neck*, en *The Auk*, vol. 40, págs. 1-30 y 191-214.



Pichón de cuaco muy joven en actitud de « dormilón »